

Cómo citar este trabajo: Hernández Hernández, Alberto y Hernández Hernández, Rebeca (2026). Vivir en la frontera de contención: dinámicas y vivencias del trabajo sexual en la ciudad fronteriza de Tapachula, Chiapas. *Revista del Laboratorio Iberoamericano para el Estudio Sociohistórico de las Sexualidades*, 15, pp: 1-19. <https://doi.org/10.46661/relies.12836>

Vivir en la frontera de contención: dinámicas y vivencias del trabajo sexual en la ciudad fronteriza de Tapachula, Chiapas

Living in the containment frontier: dynamics and experiences of sex work
in the border city of Tapachula, Chiapas

Alberto Hernández Hernández

El Colegio de la Frontera Norte
ahdez@colef.mx
ORCID <https://orcid.org/0000-0001-7176-0902>

Rebeca Guadalupe Hernández Hernández

Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica (CESMECA)
rebecahernandezhernandez12@gmail.com
ORCID <https://orcid.org/0009-0007-8473-5993>

Recepción: 19.12.2025

Aceptación: 12.02.2026

Publicación: 19.02.2026



Este trabajo se publica bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional.

Resumen

El artículo analiza las transformaciones urbanas y las dinámicas del trabajo sexual en Tapachula, Chiapas, a partir de una lectura corporal de la frontera. Con base en un enfoque etnográfico desarrollado entre 2014 y 2023, se examinan las trayectorias de mujeres, hombres y personas de la comunidad LGBTQ+ migrantes que, ante el cerco migratorio y la precariedad económica, encuentran en el trabajo sexual una estrategia de supervivencia y movilidad. Se argumenta que Tapachula, convertida en frontera de contención por las políticas migratorias, ha producido nuevas cartografías eróticas donde el cuerpo se transforma en medio de subsistencia, territorio de control y espacio de agencia. El texto destaca cómo las jerarquías de género, nacionalidad y racialización configuran los mercados sexuales y refuerzan la vulnerabilidad de las personas migrantes, pero también su capacidad adaptativa frente a la exclusión estructural.

Palabras clave: Tapachula, trabajo sexual, migración, corporalidad, agencia.

Abstract

This article analyzes urban transformations and sex work dynamics in Tapachula, Chiapas, through a bodily reading of the border. Based on ethnographic research conducted between 2014 and 2023, it examines the trajectories of migrant women, men, and LGBTQ+ individuals who, faced with border containment and economic precarity, turn sex work into a strategy of survival and mobility. Tapachula, transformed into a containment frontier by Mexican migration policies, has generated new erotic cartographies where the body becomes a means of subsistence, a site of control, and an expression of agency. The study highlights how gender, nationality, and racial hierarchies shape sexual markets and reinforce migrants' vulnerability while also revealing their adaptive capacity in contexts of structural exclusion.

Keywords: Tapachula, sex work, migration, embodiment, agency.

1 Introducción: cuerpos, fronteras y movilidades

Tapachula es la ciudad más importante de la frontera México-Guatemala. Ubicada en la región del Soconusco constituye un nodo histórico de intercambio comercial, agrícola y humano, así como uno de los principales puntos de tránsito migratorio hacia el norte del continente. Su localización geográfica la ha convertido en un espacio clave para comprender las dinámicas contemporáneas de la movilidad humana, particularmente aquellas atravesadas por el control fronterizo, la precarización laboral y la espera forzada.

Desde 2014, con la implementación del *Programa Frontera Sur*, la ciudad dejó de ser un lugar de paso para convertirse en una frontera de contención donde la espera se vuelve cotidianidad. Las políticas migratorias mexicanas reconfiguraron la ciudad como un espacio de retención prolongada, donde la burocracia, la vigilancia y la incertidumbre marcan la vida cotidiana de quienes llegan con la intención de seguir su camino muchas veces hacia los Estados Unidos. Esta condición de atrapamiento ha producido transformaciones urbanas, sociales y económicas profundas, entre ellas la expansión de economías informales vinculadas a la subsistencia inmediata.

En este escenario, la presencia creciente de mujeres, hombres y personas de la comunidad LGBTQ+ migrantes ha configurado nuevas dinámicas urbanas y mercados laborales, entre los cuales el

trabajo sexual ocupa un lugar central. Lejos de entenderse únicamente como una actividad marginal o desvinculada de la movilidad, el trabajo sexual emerge en Tapachula como una estrategia generizada de supervivencia y movimiento, estrechamente articulada a las jerarquías de género, sexualidad, raza y nacionalidad que estructuran el régimen fronterizo.

Este artículo se propone analizar la movilidad humana desde una perspectiva sexo-genérica, entendiendo que la frontera no actúa de manera homogénea sobre todos los cuerpos. Por el contrario, las posibilidades de tránsito, permanencia o expulsión se distribuyen de forma diferencial según el género, la identidad sexual, la corporalidad racializada y la nacionalidad. En este entramado, el trabajo sexual funciona como un dispositivo ambivalente, pues al mismo tiempo que expone a las personas migrantes a múltiples formas de violencia y control, les permite generar ingresos, sostener la vida cotidiana y, en algunos casos, reunir los recursos necesarios para continuar su trayecto migratorio.

Desde una mirada etnográfica que surge del trabajo de campo realizado de 2014 a 2023 con personas migrantes que ejercen el trabajo sexual en Tapachula. El texto examina las trayectorias de mujeres, hombres y personas LGBTQ+ migrantes que ejercen el trabajo sexual en bares, calles y centros botaneros de Tapachula. A partir de sus relatos, se analizan las formas en que el cuerpo se convierte simultáneamente en medio de subsistencia territorio de regulación estatal y espacio de agencia. Siguiendo a Butler (2004), se parte de la noción de vulnerabilidad corporal como una condición relacional producida por marcos sociales políticos específicos; en este caso, por el cruce entre políticas migratorias restrictivas, economías sexuales y jerarquías de género.

En diálogo con Gago (2019), el análisis propone pensar la frontera no sólo como línea de contención territorial, sino como territorio un político-afectivo donde las economías del cuerpo revelan los modos en que el capital y el Estado producen valor a partir de la movilidad y la precariedad. El propósito del texto es mostrar cómo Tapachula se reconfigura como una ciudad sexualizada y generizada, donde los cuerpos migrantes no solo son controlados y explotados, sino también capaces de desplegar estrategias situadas de adaptación, negociación y resistencia frente a la exclusión estructural.

Finalmente, agradecemos a la Mtra. Nimsi Arroyo su valiosa colaboración, asesoría y apoyo para el diseño y construcción de este artículo.

2 Teoría y metodología: una lectura corporal de la frontera

2.1 Marco teórico

Comprender las economías sexuales y las trayectorias de las personas migrantes en Tapachula implica mirar la frontera no sólo como un espacio geográfico, sino como un dispositivo biopolítico de regulación del cuerpo. Siguiendo a Foucault (1978), los cuerpos se convierten en objetos de control y normalización mediante discursos de salud, moral y seguridad que delimitan quién puede circular y quién debe ser contenido. En la frontera sur, la vigilancia estatal y las políticas migratorias actúan sobre los cuerpos migrantes mediante un régimen de visibilidad que los hace simultáneamente hipersexualizados y criminalizados.

Desde esta perspectiva, el cuerpo migrante —particularmente el cuerpo racializado y feminizado— funciona como una frontera viviente. Las experiencias de mujeres, hombres y personas de la comunidad LGBTQ+ dedicadas al trabajo sexual en Tapachula revelan cómo la frontera se inscribe en la piel, en los gestos y en las formas de subsistir. En palabras de Judith Butler (2002, 2004 y 2007), la *performatividad del género* no es una identidad fija, sino una práctica reiterada que responde a un marco de poder; en este contexto, la performatividad sexual se convierte en una estrategia de

sobrevivencia y agencia. Las trabajadoras y trabajadores sexuales migrantes performativos roles de deseo, disponibilidad o sumisión no sólo para complacer, sino también para sostener su movilidad, adaptándose a un mercado donde el cuerpo se transforma en capital circulante.

Por su parte, Rita Segato (2003) ha planteado que la violencia y el control sobre los cuerpos femeninos constituyen una pedagogía de la crueldad que reproduce jerarquías coloniales y patriarcales. En la frontera sur, esta pedagogía expresa la vigilancia sobre las mujeres migrantes, en su exposición a la violencia institucional y en la forma en que su sexualidad es apropiada o disciplinada. Sin embargo, los testimonios recabados muestran también resistencias cotidianas: la capacidad de negociar, desplazarse y construir redes de cuidados entre compañeras y compañeros.

Las personas migrantes dentro del trabajo sexual enfrentan un mercado que explota la vulnerabilidad de sus cuerpos al mismo tiempo que dependen de ellos para sostener la economía local del placer. El cuerpo se convierte, entonces, en una moneda de tránsito; medio de subsistencia, pero también vehículo de movilidad.

Asimismo, Verónica Gago (2019) propone entender la frontera como una interfaz de explotación y creatividad popular. Desde esta mirada, las prácticas de las personas migrantes en el trabajo sexual no pueden reducirse a la victimización, pues son también prácticas de invención política que reconfiguran los espacios urbanos y generan economías propias. Así pues, el trabajo sexual, lejos de ser únicamente un campo de subordinación, puede leerse como una zona de negociación donde el deseo, la supervivencia y la autonomía se entrelazan.

Bajo esta lectura, la frontera se corporiza: se vive en el cuerpo que espera, en el cuerpo que desea y trabaja. El análisis de los relatos de mujeres, hombres y personas de la comunidad LGBTQ+ en Tapachula permite una lectura corpográfica de la movilidad, donde las trayectorias migrantes se expresan a través de experiencias sensoriales, emocionales y sexuales. Así, el cuerpo deviene en archivo y territorio en la frontera, un espacio donde se inscriben las desigualdades, pero también las formas de agencia y deseo que las desafían.

2.2 Metodología

La investigación se desarrolló bajo un enfoque cualitativo y etnográfico a lo largo de una década, combinando entrevistas, observación participante y recorridos por espacios de trabajo sexual en distintas localidades del Soconusco. El trabajo de campo se estructuró en tres momentos que, más que etapas aisladas, constituyen una secuencia de profundización progresiva sobre las transformaciones del trabajo sexual migrante en la frontera sur de México.

El primer acercamiento tuvo lugar durante los meses de agosto y septiembre de 2014. En ese momento se realizaron 14 entrevistas con trabajadores y trabajadoras sexuales, además de la observación participante y la elaboración de un inventario de establecimientos y espacios dedicados a la prestación de servicios sexo-eróticos en las localidades de Tapachula, Huixtla, Mapastepec y Arriaga, pertenecientes a la región del Soconusco, Chiapas. Esta primera etapa se centró especialmente en las experiencias de mujeres migrantes centroamericanas, con el objetivo de comprender sus trayectorias, estrategias laborales y contextos de movilidad.

Siete años más tarde, en 2021, el estudio se reanudó en un contexto marcado por la pandemia de COVID-19, lo que permitió observar nuevas condiciones de precarización y encierro en el marco de la investigación doctoral de uno de los autores. Durante esta etapa se llevó a cabo una cartografía del trabajo sexual callejero en Tapachula, con el propósito de analizar no solo las dinámicas laborales, sino también los cambios en los flujos migratorios en la frontera sur de México. El trabajo de campo se realizó en agosto de 2021 e incluyó 20 entrevistas estructuradas y cinco conversaciones

informales con trabajadores y trabajadoras sexuales extranjeros, además de una labor etnográfica en calles y establecimientos del centro de la ciudad.

A pesar de las restricciones sanitarias globales, la economía sexual en la frontera tapachulteca persistía, aunque bajo condiciones transformadas. Este contexto incidió profundamente en la experiencia migratoria, especialmente en el caso de la comunidad haitiana, para la cual la pandemia acentuó la situación de espera forzada. Las limitaciones a la movilidad y la lentitud de los procesos burocráticos generaron una sensación de encierro prolongado, convirtiendo a Tapachula no en un punto de tránsito, sino en un espacio de estancamiento, donde el trabajo sexual emergió como una de las pocas estrategias de subsistencia mientras se aguardaba la posibilidad de continuar el viaje.

Durante esta etapa también se documentó la incorporación de migrantes cubanos, venezolanos, guatemaltecos, salvadoreños y hondureños, algunos de los cuales mantenían estrategias de migración circular. Cabe destacar que las restricciones de movilidad fueron tan severas que incluso la autora, identificada oficialmente como ciudadana mexicana, fue detenida por el Instituto Nacional de Migración y trasladada a la Estación Migratoria Siglo XXI, debido a sus rasgos físicos asociados con mujeres hondureñas. Este hecho, lejos de ser una anécdota, revela cómo la frontera opera sobre los cuerpos a partir de la lectura racial y de género que las institucionaliza. La situación evidencia cómo la frontera no sólo se impone territorialmente, sino que se inscribe en los cuerpos. Tal como lo plantea Butler (2002, 2004 y 2007), la identidad es producida por marcos de poder que regulan qué cuerpos son reconocidos como legítimos. En esta escena que ocurrió durante el trabajo de campo, la frontera operó a partir de una lectura racial y de género que definió quién pertenecía y quién debía ser controlada. Siguiendo a Segato (2003) y a Gago (2019), el cuerpo se vuelve archivo y territorio de poder; lugar donde se condensan las violencias y, al mismo tiempo, las formas situadas de conocimiento. Así, la experiencia de campo terminó por no solo observar la frontera, sino por encarnarla.

Finalmente, entre junio de 2022 y octubre de 2023, el trabajo de campo se extendió con recorridos en las localidades de Tecún Umán (Guatemala), Ciudad Hidalgo, Tapachula, Huixtla y Arriaga. En estas visitas se realizaron observaciones y registros en espacios de trabajo sexual callejero, centros botaneros y centros nocturnos. Un lugar de especial relevancia fue el *cabaret* El Marinero, considerado el establecimiento más prestigioso de la ciudad y en el que laboraban cerca de un centenar de mujeres migrantes cubanas y venezolanas. A partir de esta experiencia se estableció contacto directo con varias de ellas, quienes compartieron relatos detallados sobre sus trayectorias, condiciones de reclutamiento y experiencias laborales en el contexto fronterizo.

En conjunto, estas tres fases de trabajo de campo conforman una etnografía corporalizada de la frontera, en la que la movilidad no se analiza únicamente como desplazamiento territorial, sino como una experiencia inscrita en los cuerpos. La propuesta metodológica que sostiene este artículo –una lectura corporal de la frontera– parte del supuesto de que los cuerpos migrantes funcionan como archivos vivos donde se condensan las políticas de control, las jerarquías sexo-genéricas y las economías de subsistencia que atraviesan la frontera sur de México.

Esta aproximación permite comprender cómo la frontera se produce y se reproduce cotidianamente a través de prácticas sexuales, afectivas y laborales, y cómo el género y la sexualidad operan como ejes centrales en la distribución desigual de la movilidad. Más que objetos de estudio, los cuerpos de las personas migrantes trabajadoras sexuales se entienden aquí como lugares de conocimiento, desde los cuales es posible analizar los efectos materiales y simbólicos del régimen migratorio. De este modo, el artículo busca contribuir a los debates teórico-metodológicos sobre movilidad humana y género, proponiendo una mirada situada que reconoce al cuerpo como método, frontera y territorio político.

3 Tapachula: entre el tránsito, el atrapamiento y la transformación urbana

Desde hace más de un siglo, Tapachula se ha configurado como un nodo de movilidad regional. Cada año, hombres, mujeres, adolescentes, niños y niñas mayoritariamente guatemaltecos (Rivera, 2015) cruzaban la frontera para emplearse en las fincas cafetaleras del Soconusco, configurando así un patrón migratorio circular entre ambos países. La construcción del ferrocarril del Sureste en 1909, la carretera Panamericana en la década de 1950 y el contar con infraestructura portuaria permitieron su crecimiento económico (Hernández, 2024) y consolidaron a Tapachula como punto de conexión comercial y laboral. Desde entonces, la frontera sur de México ha funcionado como una frontera porosa, donde las dinámicas laborales, familiares y culturales han tejido una historia común entre Guatemala y Chiapas.

Durante los años ochenta y noventa, Tapachula vivió un crecimiento urbano acelerado acompañado por la expansión de bares, cantinas y hoteles en el centro de la ciudad. En ese periodo se amplió también la presencia de trabajadoras sexuales, en su mayoría migrantes centroamericanas. Tapachula se convirtió en un centro de llegada de mujeres procedentes de Guatemala, Honduras y El Salvador; muchas de ellas habían trabajado antes en bares de Tecún Umán o en otras ciudades fronterizas, recomendadas por paisanas o conocidas que ya se encontraban en la ciudad.

Este auge urbano coincidió con procesos más amplios de reconfiguración regional, donde la apertura comercial, el turismo y el flujo constante de personas transformaron los usos del espacio e incluso la moral pública. La figura de la mujer migrante trabajadora comenzó a ocupar un lugar visible y, a la par, ambiguo en la vida urbana; necesaria para la economía local, pero también objeto de vigilancia.

Como sostiene Connell en Cortés (2018, p. 52): “El espacio migratorio fronterizo, como cualquier régimen atravesado y construido sobre las relaciones de poder, contribuye y sustenta el orden de género contextualizando las relaciones de poder entre mujeres y hombres y las definiciones de feminidad y masculinidad históricamente”. Desde esta lectura, logramos comprender cómo la experiencia fronteriza en Tapachula implica no solo el cruce geográfico, sino también un proceso de sexualización y racialización del cuerpo migrante, donde el género se vuelve una marca de riesgo y a la vez, de desigualdad.

En la década de los noventa, las autoridades municipales promovieron la creación de la zona de tolerancia de Las Huacas, ubicada en las afueras de la ciudad, donde se concentraron decenas de establecimientos con trabajadoras sexuales de distintos países. El lugar operaba bajo control sanitario, es decir, las mujeres debían portar una cartilla de salud y pagar una cuota semanal al ayuntamiento. Este sistema ofrecía cierta seguridad laboral, pero al mismo tiempo reforzaba la vigilancia sobre sus cuerpos y su movilidad.

Para el 2005, la llegada del huracán Stan marcó un punto de inflexión. La inundación destruyó gran parte de Las Huacas, lo que provocó el desplazamiento de las trabajadoras sexuales hacia el centro de Tapachula. Los bares y centros botaneros comenzaron a multiplicarse, especialmente alrededor del mercado San Juan, la 8.^a. Avenida Norte y la 3.^a. Poniente. Este cambio reconfiguró las dinámicas urbanas; el trabajo sexual se hizo más visible y las mujeres quedaron más expuestas a la persecución policial y al estigma social. Este desplazamiento transformó el mapa del deseo, pero también el miedo: las calles, los parques y los hoteles se volvieron escenarios donde la vigilancia y el intercambio se cruzan.

Durante los años posteriores, Tapachula pasó de ser un lugar de paso a un espacio de permanencia forzada. El establecimiento de la Estación Migratoria Siglo XXI y, más tarde, la implementación del *Programa Frontera Sur* (2014) transformaron la frontera sur en un punto de control y retención. Los

flujos migratorios que antes atravesaban rápidamente la frontera comenzaron a quedarse varados, lo que dio lugar a nuevas formas de ocupación del espacio urbano y de inserción en el trabajo informal.

En este contexto, el trabajo sexual se consolidó como una estrategia de supervivencia y, para muchas personas migrantes, como el único medio de ingreso disponible. Así pues, trabajar en los bares y centros botaneros se convirtió en una manera de sostenerse y continuar el viaje; a partir de esto, Tapachula se termina por configurar en una ciudad donde el deseo, la necesidad y la vigilancia se entrelazan. Los cuerpos migrantes —visibles, feminizados, racializados— habitan una frontera que los contiene y los moviliza al mismo tiempo. Siguiendo a Gago (2019), estas economías populares —limpiar, vender, acompañar, ofrecer placer— son también formas de sostener la vida frente a la violencia estructural. En Tapachula, el cuerpo migrante se vuelve el punto de cruce entre la contención y la posibilidad, un cuerpo que se adapta, resiste y que termina por reconfigurar la ciudad.

4 Trayectorias migrantes y economías del sexo

Las trayectorias de las trabajadoras y trabajadores sexuales migrantes en Tapachula muestran una combinación de circularidad, adaptaciones por necesidad y recorridos que muchas veces empiezan en localidades fronterizas o en centros de paso. El ingreso a los establecimientos en la región solía darse mediante recomendaciones de familiares o conocidas, pero también a través de prácticas de enganche o engaños; reclutadores se ubicaban cerca de las estaciones del ferrocarril o de autobuses ofreciendo empleos con alojamiento e ingresos que, en ocasiones, resultaban falsos.

El tránsito por estos circuitos ilustra lo que Kempadoo (2012) denomina *economías globales del sexo*, es decir, redes transnacionales donde la movilidad, el deseo y la necesidad se entrelazan, y en las que el trabajo sexual no puede leerse únicamente como explotación, sino también como una forma de agencia condicionada por la desigualdad estructural. En el contexto de Tapachula, esa agencia se manifiesta en las estrategias cotidianas para sostener la vida en un entorno de precariedad, control y racismo.

La mayoría de las mujeres provienen de Honduras, Guatemala y El Salvador, aunque en los últimos años se han sumado mujeres de Nicaragua, Cuba, Haití y Venezuela. Algunas viajan por temporadas, permaneciendo en Tapachula durante varios meses antes de regresar a sus países para visitar a sus hijos o familiares y luego volver a cruzar la frontera.

Tal es el caso de Gardenia, una trabajadora sexual hondureña que llegó primero a Ciudad Hidalgo, donde laboró casi dos años como mesera en bares botaneros: *“la paga no era buena, mucho tomar, y el problema es que cualquier cliente sin pagarte nada te quiere tocar, aunque tú no quieras”* (Comunicación personal, trabajo de campo, 2014). Después de esa experiencia, se mudó a Tapachula, realizando viajes dos veces al año a Honduras para ver a su madre y sus hijos. Para ese entonces, llegar a la frontera no era un asunto tan difícil; el tránsito por los países centroamericanos era prácticamente libre; atravesar el límite fronterizo con México implicaba pagar diez quetzales para cruzar el río Suchiate en una balsa de goma de llantas gigantes, y listo.

De igual manera, Orquídea, originaria de Chinandega, Nicaragua, quien, tras experimentar violencia y bajos salarios en Guatemala, migró a Tapachula. Allí trabajó primero en bares botaneros y después en las calles del centro. Mientras vivía en esta ciudad, mantuvo una dinámica de circularidad al visitar periódicamente a sus hijos en Guatemala, quienes, aunque permanecieron en Nicaragua bajo el cuidado de su abuela, eran llevados por esta última hasta Guatemala para encontrarse con Orquídea (R. Hernández, 2021, pp. 117–118).

Estas trayectorias reflejan lo que Butler (2004) llama la vulnerabilidad corporal, entendida no solo como la exposición a la violencia, sino también como una condición relacional donde los cuerpos dependen de otros para sobrevivir, moverse y ser reconocidos. En esta frontera, la vulnerabilidad se expresa en la movilidad circular y en la necesidad de sostener vínculos familiares a pesar de la distancia.

Estos breves fragmentos también muestran que las recorridas entre localidades del Soconusco y centros urbanos más grandes forman parte de una dinámica que las propias trabajadoras. En ese esquema, algunas mujeres alternan trabajo sexual con labores en comedores, tiendas o limpieza doméstica; otras se dedican exclusivamente al oficio de barra o calle.

A su vez, para algunas personas, Tapachula llega a ser un destino y un lugar de vida estable dentro de trayectorias fragmentadas. Esto lo expresa Quetzal, una trabajadora de 40 años proveniente de Guatemala:

“Para mí, Tapachula no es el sur, es el norte, es como estar cerca de Estados Unidos. Llegué a Tapachula hace 20 años, mitad de mi vida en Guatemala, mitad de mi vida aquí. Crucé el río en una llanta. En ese momento yo no era trabajadora sexual; aquí vine a hacer ese tipo de trabajo. Mi familia no lo sabe. Mi país es un desastre tras otro desastre, que si las guerras, la violencia y la pobreza. Todo ser humano necesita comer y vivir. Tapachula es la mejor opción; puedo trabajar y estoy cerca de mi pueblo” (Comunicación personal, trabajo de campo, 2014).

El relato de Quetzal muestra cómo la frontera se transforma en un lugar de asentamiento y no solo de paso. Según Wright (2011), la economía del sexo puede entenderse como un espejo de la feminización del trabajo global; las mujeres migrantes no solo venden fuerza física, sino también afecto, tiempo y corporalidad, insertándose en las economías informales que sostienen la globalización desde sus márgenes.

Por otro lado, dentro de sus dinámicas, una de las más notables son las diferencias de ingreso entre un bar pues terminan por condicionar movimientos; las trabajadoras cuentan con estrategias para mejorar sus ganancias —moverse a centros con más afluencia, aceptar ciertas prácticas o negociar fichas— y suelen incorporarse a redes informales que facilitan el hospedaje y el acceso a espacios laborales.

Así lo narra Loto, mujer originaria de Retalhuleu, Guatemala:

“Bailar, tomar con los clientes, entrar al privado y tener sexo. En los lugares donde he trabajado me piden mucho sexo, pero yo lo que les doy es compañía, que los escuche; sexo solo con algunos, según los vea. Algunos clientes me piden cumplir sus fantasías, como estar con dos mujeres; si pagan bien, pues yo sí acepto” (Hernández, 2021, p. 123).

Loto desde su experiencia, encarga la lógica de lo que Gago (2019) llama la *potencia feminista de la vida*, es decir, el trabajo sexual como un espacio donde las mujeres migrantes despliegan formas de negociación y cuidado que desafían las categorías de víctima o agente. Su relato revela el modo en que las emociones —escuchar, acompañar, simular deseo— se convierten en recursos laborales en contextos donde el cuerpo es también capital.

Otra experiencia es la de Hortensia, mujer de 35 años, originaria de Copán, Honduras, quien describe de forma cruda la tensión entre el rol familiar y la exigencia del mercado sexual:

“En la calle, en el centro, yo soy una persona pública. La migra me ve como un delito, las personas como molestia y los clientes como un servicio que les satisface. Ser una mujer migrante, mayor y madre de familia, significa que tengo que luchar el doble por el sustento [...] He tenido que volverme bisexual por necesidad. Algunos clientes pagan

más por un trío [...] he aprendido a actuar ese deseo que no siento. Yo misma lucho conmigo misma: entre lo que soy (una madre hondureña) y lo que debo trabajar (una mujer disponible para cualquier fantasía)” (Comunicación personal, trabajo de campo, 2014).

La narración de Hortensia hace visible cómo la sexualidad se convierte en una *performance* de supervivencia. En palabras de Butler (2004), el cuerpo actúa y reitera normas de género en contextos específicos; en este caso, la bisexualidad forzada es una actuación que permite sostener la vida económica y familiar. El cuerpo se vuelve un escenario donde el deseo se representa más que se experimenta.

También a través de la experiencia de Serpiente, un trabajador sexual de 35 años proveniente de Honduras, logramos visualizar la articulación de redes informales.

“Mi viaje no es recto hacia el norte. Voy de San Pedro Sula a Tapachula, trabajé seis meses y regresé a mi casa. Conozco a las dueñas de los cuartos donde me alojo y tengo contacto con otras compañeras que trabajan en las calles. No todas vamos a Estados Unidos. Para muchas, esta frontera es el destino” (Comunicación personal, R. Hernández, Tapachula, 2022).

Su relato evidencia que las trayectorias masculinas también están marcadas por la circularidad y la búsqueda de estabilidad. La expansión del trabajo sexual masculino en Tapachula, sobre todo después de 2010, muestra que el cuerpo masculino migrante también se inserta en el mercado de deseo.

Un trabajador trans salvadoreño narra detalles su oficio:

“En el bar no solo vendes sexo, sino que vendes compañía e ilusión. Aquí soy gay abierto y en El Salvador tuve que esconderme. Aquí, en el bar, mi homosexualidad es parte de mí y de mi trabajo. Los clientes, todos hombres casados, buscan a un chico como yo. Mi cuerpo delgado y amanerado no es chiste, es con lo que los atraigo, es una forma que me da para comer a mí y mi familia” (Clavel, 28 años, Sonsonate, comunicación personal, trabajo de campo, 2022).

En este caso, el bar se convierte en un espacio de liberación para Clavel; aquí él puede ser quien es al mismo tiempo que satisface la demanda de un tipo de mercado. Según Preciado (2013), el cuerpo queer desestabiliza las jerarquías heteronormativas y revela cómo el capitalismo contemporáneo mercantiliza también las identidades disidentes. En esta ciudad, esa disidencia se vuelve un recurso laboral y una afirmación de existencia.

Los relatos sobre servicios en *cabarets* y centros nocturnos muestran, además, la incorporación de mujeres de otras nacionalidades —cubanas, venezolanas, colombianas— reclutadas para funciones de bailarinas o meseras, y la existencia de circuitos organizados (redes de contactos, intermediarios) que facilitan su llegada y estadía.

Mary, una joven migrante de 22 años originaria de Camagüey, Cuba, narra que, aunque en Camagüey había ofrecido servicios sexuales de manera casual, en Tapachula encontró en el trabajo sexual una manera de ahorrar dinero para continuar con su travesía.

“Donde yo me vine a ser puta fue aquí en Tapachula, no había otra forma de juntar dinero para salir de aquí. En ese *cabaret* donde trabajé éramos 30 mujeres cubanas; cada semana unas salían y otras llegaban. Duré 3 meses en ese negocio [...]. Al final logré conseguir el dinero para continuar mi travesía. Mi plan es trabajar ahora en la Ciudad de México, en unos bares que unas chicas me recomendaron. Debo reunir la plata que requiero para llegar a Miami [...]” (Comunicación personal, trabajo de campo, 2023).

La entrada de personas migrantes provenientes de países sudamericanos y del Caribe y, más recientemente, de hombres venezolanos, cubanos y haitianos al mercado sexual amplió la diversidad del sector y creó nuevas jerarquías basadas en la nacionalidad, color de piel y acceso a recursos.

Tucán, un varón de 40 años, originario de Venezuela, señala:

“Yo soy de Maracaibo. Estudié ingeniería. Jamás pensé que mi cuerpo sería mi salvavidas. Mi plan era llegar a Estados Unidos, pero me quedé sin un peso. Soy heterosexual, pero he tenido que tener sexo con otros hombres para pagar a quien te cruce el río en Panamá y el río de Guatemala a México. Al principio fue así; después empecé a generar dinero a través del sexo. Esto es temporal. Es para sobrevivir” (Comunicación personal, trabajo de campo, 2022).

A través de Tucán se observa cómo el cuerpo se convierte en instrumento de movilidad. La distancia entre identidad sexual y práctica económica evidencia la tensión entre necesidad y deseo. Por su parte, Mamba, un hombre haitiano heterosexual de 30 años, comparte su experiencia como trabajador sexual en Tapachula:

“Sobre el trabajo sexo no, porque yo soy negro; ellos hablan bien del negro en el sexo. Para negro muy importante hacer bien sexo, debe quedar satisfacción la mujer, darle todo lo que quiere, lo que desee. El haitiano sabe lamer, lamer, lamer. Lamer cuerpo, lamer piel, pies, orejas, cuello, manos y con eso la mujer si no quería en ese momento cobrar, te pagar y después seguir hasta penetrar, porque ellas te lo piden. Nosotros negros tener grande pico, desde niños tenemos grande pico y eso también gusta a latina. A mí me va bien en este trabajo aquí” (Comunicación personal, trabajo de campo, 2022).

La inclusión del testimonio de Mamba, que describe una transacción heterosexual, en un análisis que abarca otras orientaciones sexuales, se justifica no por la literalidad de la interacción que relata, sino por la lógica performativa y mercantil que ejemplifica de manera fundamental. Su narración es un caso de estudio perfecto sobre cómo se construye y se vende una marca erótica racializada en el mercado del deseo. Mamba no está simplemente describiendo un encuentro; está detallando un guion comercial—una narrativa de virilidad, destreza y dotación física— que es producto de imaginarios coloniales y que se ofrece como un servicio especializado. Esta lógica de creación de un producto sexual diferenciado basado en estereotipos (el saber lamer del haitiano, el pico grande) es exactamente la misma que emplean otros trabajadores sexuales migrantes que atienden a clientes masculinos o de diversas identidades de género. Todos deben aprender a empaquetar y performar una identidad deseable—ya sea la del negro viril, la travesti exótica o el joven migrante vulnerable— para subsistir. Por lo tanto, el testimonio de Mamba es invaluable porque desnuda, sin mediaciones, el núcleo de las economías globales del sexo: la transformación de cuerpos migrantes, con todos sus atributos raciales y de género, en una mercancía con un valor simbólico específico dentro de una red transnacional de deseos y necesidades. Su experiencia no contradice el enfoque de este artículo; por el contrario, proporciona el modelo básico de cómo la agencia condicionada opera mediante la explotación estratégica de los estereotipos que también confinan.

Los relatos muestran que el trabajo sexual en Tapachula no puede entenderse solo desde la vulnerabilidad o la explotación, sino como una práctica atravesada por desigualdades de género, raza y nacionalidad, donde también emergen formas de agencia y negociación. Entre vigilancia y el cuidado, las personas migrantes reconfiguran la frontera como un espacio habitado; un lugar donde los cuerpos trabajan, resisten y crean comunidad en medio del tránsito y la contención.

5 Espacios de placer y control: la zona de tolerancia como laboratorio sexual

El trabajo sexual en Tapachula ha estado históricamente vinculado a la configuración urbana y a los procesos de regulación moral y sanitaria promovidos por las autoridades locales. En la década de 1990, el ayuntamiento impulsó la creación de la zona de tolerancia de Las Huacas, un espacio ubicado en las afueras de la ciudad —un área de difícil acceso entre la carretera Costera y el panteón municipal— donde se concentran bares, cantinas y casas de citas.

Allí funcionaban un total de 20 negocios con nombres como El Manguito, Las Vegas, Copa de Oro y Día y Noche, que ofrecían bebidas, música, baile, compañía y servicios sexuales (Segoviano, 2024). Particularmente, esta zona operaba bajo un sistema de control sanitario. Las trabajadoras debían portar una cartilla de salud, realizarse revisiones médicas periódicas y pagar una cuota semanal al municipio. Aunque este mecanismo ofrecía cierta estabilidad laboral y la posibilidad de trabajar sin persecución policial, también implicaba una vigilancia constante sobre los cuerpos y las prácticas sexuales. Las mujeres eran registradas, clasificadas y sujetas a normas de conducta que limitaban su movilidad.

Este dispositivo institucional corresponde a lo que Michel Foucault (1978) denomina una tecnología biopolítica, es decir, un conjunto de prácticas mediante las cuales el Estado administra la vida y los cuerpos, ejerciendo poder no solo a través de la represión sino de la normalización y el control sanitario. A partir de esto, la zona de tolerancia puede leerse, como un espacio de encierro y visibilización simultánea; un lugar donde el placer se regula se cuantifica y se convierte en objeto de intervención pública.

En los relatos recogidos, Las Huacas aparece como un lugar ambivalente: un espacio de resguardo, comunidad y seguridad frente a la calle, pero también de aislamiento y control. Amapola (28 años originario de Izabal) narra cómo este espacio producía nuevas formas de interacción entre identidades sexuales y deseos de los clientes más allá de la ambivalencia del aislamiento y el control social y moral que representaba la zona:

“Aquí, mi cuerpo guatemalteco garífuna, moreno y de culo grande, es una atracción. Los clientes llegan con sus ideas de lo que es un buen culo de hombre, a veces me dicen que tengo culo de vieja y que les parece de vieja. Que lo ven y les calienta, pero como soy gay debo ser sumiso. Al cliente lo que pida. Pero lo más fuerte es cómo este espacio te obliga a relacionarte con otras sexualidades. Trabajo junto a mujeres trans de Honduras y El Salvador. Al principio, yo, que siempre me he sentido hombre gay, lo veía con distancia. Pero ellas me enseñaron que aquí, en esta zona de tolerancia, todos somos puros cuerpos que sirven para coger. He tenido clientes que me buscan a mí, un hombre gay, porque quieren experimentar con un hombre, pero sin salir del clóset” (Comunicación personal, trabajo de campo, 2022).

La experiencia de Amapola ilustra lo que Preciado (2020) conceptualiza como arquitectura sexual; espacios donde la organización urbana y las políticas del cuerpo producen y canalizan determinadas formas de deseo. Las Huacas funcionó como un laboratorio de sexualidades fronterizas, donde la regulación sanitaria coexiste con prácticas de experimentación y libertad relativa. En ese espacio marginal, los cuerpos se convertían en territorio de negociación entre placer y disciplina.

El huracán Stan en 2005 marcó un quiebre profundo en esta dinámica. La inundación destruyó buena parte de Las Huacas, lo que obligó a las trabajadoras a desplazarse hacia el centro de Tapachula. Este desplazamiento transformó el mapa sexual de la ciudad; los bares, cantinas y centros botaneros se multiplicaron alrededor del mercado San Juan, la 8.^a Avenida Norte y la 3.^a.

Poniente, zonas donde el trabajo sexual se volvió más visible y disperso. El cierre de la zona de tolerancia no eliminó la práctica, sino que la desplazó al espacio público. La calle, los parques y los hoteles del centro se convirtieron en los nuevos escenarios del intercambio sexual, pero también en lugares de mayor vulnerabilidad.

Siguiendo a Segato (2003), este proceso puede leerse como una reconfiguración de la pedagogía de la crueldad; al disolver el espacio controlado de Las Huacas, la vigilancia y la violencia se trasladan al ámbito urbano cotidiano, donde los cuerpos feminizados o disidentes quedan más expuestos a la mirada policial, al acoso y, sin duda, a la precariedad. Lo anterior no quiere decir que el control desaparezca; en este caso, se difunde penetrando cada esquina del espacio público.

En este nuevo contexto, las y los trabajadores enfrentaron redadas, decomisos y persecución policial. El centro de Tapachula se transformó en una zona híbrida donde comenzaron a convivir mercados, transporte público, hospedajes, bares y centros nocturnos. Incluso la proximidad con las oficinas de migración, refugios y organizaciones civiles creó una geografía particular del deseo y la contención. El cuerpo sexuado —femenino, trans o masculino— se volvió visible y a la vez vigilado, deseado y controlado por múltiples dispositivos.

Por otro lado, Gago (2019) sostiene que las economías populares del sexo y del cuidado son también economías políticas del deseo, donde la subsistencia se entrelaza con formas de afecto y con la capacidad de producir valor en medio de la precariedad. Las mujeres y personas trans que migran y trabajan en Tapachula no solo venden servicios sexuales, sostienen redes de vida, comparten alojamiento y crean modos de cuidado mutuo que desafían la lógica individualizante del control estatal. El cierre de Las Huacas no disolvió esas economías, sino que las redistribuye en una cartografía urbana más fragmentada y difusa.

A partir del cierre de Las Huacas, el trabajo sexual se volvió más fragmentado y precario, pero también más diverso. Se amplió la presencia de mujeres y hombres migrantes de distintas nacionalidades, así como de personas trans que encontraron en la calle o en los bares un espacio posible para trabajar. Este proceso muestra cómo la regulación del placer y la moral pública reconfiguran los espacios urbanos, desplazando constantemente a quienes los habitan. En Tapachula, la ciudad y el cuerpo se entrelazan; ambos son frontera, ambos son campo de disputa.

6 Cuerpos sexuados en movimiento: identidades, racialización y deseo

Tapachula, configurada como *una frontera de contención*, ha propiciado la expansión de un mercado sexual compuesto mayoritariamente por personas migrantes, donde el cuerpo no es solo un medio de subsistencia, sino un territorio simbólico y material de negociación identitaria y supervivencia. Como plantea Butler (2004), los cuerpos se vuelven inteligibles en contextos específicos de poder y vulnerabilidad; en Tapachula, el cuerpo migrante se produce a la vez como mercancía, frontera y espacio de agencia.

En este sentido, el mercado sexual en Tapachula ha experimentado una profunda diversificación que refleja los nuevos flujos migratorios. Inicialmente dominado por mujeres centroamericanas (Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua), el servicio sexo-erótico se ha ampliado con la incorporación de mujeres provenientes de Haití, Cuba, Venezuela y Colombia.

Boa, una mujer haitiana de 25 años, expresa este tema:

“Ser una mujer haitiana en Tapachula es ser invisible y visible a la vez. Para muchos clientes, mi cuerpo negro es muy atractivo. Preguntan si es verdad lo que dicen de las negras, que saben coger y además bien. Mi sexualidad se reduce a lo exótico. Yo soy heterosexual, pero he tenido que aceptar clientas mujeres porque aquí me lo piden. Las mujeres centroamericanas a veces nos ven con envidia; piensan que les quitamos clientes. Pero ni mi cuerpo ni mi condición de migrante son como el de ellas. Yo no

puedo ir y venir a Haití fácilmente; esas mujeres sí lo pueden hacer. Mi migración es hacia el norte y este trabajo es la única forma de pagarla ahora que ya nadie me puede apoyar. Mi identidad aquí es negra y puta” (Comunicación personal, trabajo de campo, 2022).

La vivencia de Boa muestra cómo la etnia, el género y la nacionalidad crean una jerarquía económica dentro del mercado del trabajo sexual. Su cuerpo negro es visto como fetiche sexual, pero invisible como persona con una historia y una identidad. Como señala Frantz Fanon (2009), la mirada colonial convierte el cuerpo negro en un espejo de los deseos y temores del otro; Boa encarna esa tensión entre deseo y deshumanización.

Un cambio notable se ha producido en la visibilidad de las identidades disidentes y del trabajo sexual masculino. Serpiente III, un hombre heterosexual de Roatán, Honduras, cuenta cómo el vivir en Tapachula, es hacerlo a partir de una diferencia, de una otredad otorgada por la jerarquía social de nacionalidades:

“Aquí estoy de paso. Lo bueno de aquí es que cada dos meses voy a Roatán. [...] Cuando llegó allá a mi tierra, hablo más sabroso; allá es como volver a la normalidad. Aquí no es normalidad; estás con otra diferencia. Se me hace notar que no soy mexicano, por lo hablado y por lo sabroso que estoy. No soy de aquí, soy de Roatán, tengo mi lengua, hablo garífuna y también inglés. Orgulloso levanto mi bandera por donde quiera, nunca me niego, cuando me preguntan de dónde eres, soy de Honduras, no lo niego. Un día salgo de Honduras, pero Honduras nunca va a salir de mí. Cuando voy a mi casa, voy lleno de cosas y cuando regreso para acá, regreso vacío” (Comunicación personal, trabajo de campo, 2022).

Su relato muestra que la movilidad también está atravesada por el deseo de pertenencia y el despojo. Siguiendo a Ahmed (2006), el movimiento de los cuerpos orienta también las emociones; sentirse “fuera de lugar” no es solo una condición geográfica, sino afectiva.

A partir de 2022, se observó la incorporación de hombres cubanos y haitianos al trabajo sexual, muchos de ellos sin experiencia previa en el oficio. Así, Tortuga, originario de Haití, cuenta su dinámica en el trabajo sexual en Tapachula desde que llegó a la ciudad.

“Tapachula de negocio, hay días buenos, hay días más o menos, hay días mejores, las cosas son como en todos los negocios. Hace casi cuatro meses yo les doy besitos en sus partes íntimas a las mujeres, si tú quieres te doy gratis, yo soy muy bueno para eso, me paso hasta dos horas ahí, puede ser aquí en este bar, en el cuarto de un amigo, en un lugar escondido o en un hotel. En Tapachula al día ganamos \$2,000, porque hay diferente precio de las cosas que ofrezco, a las señoras más grandes les cobro por menos 500 pesos (Comunicación personal, trabajo de campo, 2022).

Esta nueva cartografía erótica incluye la visibilidad de *hombres de color* y travestis con vestuarios llamativos en las calles centrales de la ciudad. La oferta se completa con mujeres centroamericanas de edad madura que ofrecen servicios a bajo costo en plazas y jardines públicos.

Quetzal, una mujer madura de 40 años, originaria de Huehuetenango, Guatemala que trabaja en plazas y jardines, aporta una perspectiva:

“Para mi Tapachula no es el sur, es el norte, es como ya estar cerca de Estados Unidos. Llegué a Tapachula hace 20 años, mitad de mi vida en Guatemala, mitad de mi vida aquí. Crucé el río en una llanta. En ese momento yo no era trabajadora sexual, aquí vine a hacer ese tipo de trabajo, mi familia no lo sabe. Mi país es un desastre tras otro desastre, que si las guerras, la violencia y la pobreza. Todo ser humano necesita comer y vivir.

Tapachula es la mejor opción; puedo trabajar y estoy cerca de mi pueblo”
(Comunicación personal, trabajo de campo, 2022).

En este mercado se evidencia una clara jerarquía que atraviesa la nacionalidad, el género y la apariencia física. El cuerpo migrante es simultáneamente regulado, castigado y erotizado. El estigma se manifiesta de múltiples formas, como la carga de valoraciones negativas y el doble estigma que sufren las mujeres con hijos. Las mujeres hondureñas, por ejemplo, fueron llamadas despectivamente *quita maridos* por ser percibidas como más atractivas que otras.

Asimismo, la experiencia de individuos racializados ilustra cómo su cuerpo se convierte en un objeto de deseo exotizado; en la zona de tolerancia, la apariencia física podría significar una *atracción* para los clientes. Para las personas migrantes, el trabajo sexual se consolida como una estrategia de supervivencia y una búsqueda urgente de recursos para continuar la ruta migratoria. En el contexto de *atrapamiento* en Tapachula —donde el mercado laboral está saturado, los costos de vivienda y transporte son altos y el movimiento está controlado— el trabajo sexual, junto con el comercio ambulante y oficios precarios, se convierte en una de las pocas alternativas posibles de subsistencia. Como indica Gago (2019), las economías populares del sexo condensan una potencia vital; prácticas que sostienen la vida allí donde las políticas migratorias la niegan.

En ese sentido, el cuerpo se convierte en un medio para la acumulación de capital de tránsito. Por ejemplo, las mujeres cubanas reclutadas tenían como objetivo permanecer entre tres a seis meses en la ciudad para ahorrar y pagar el costo del viaje hacia la frontera norte, lo que denominaban la *travesía*. La práctica implica la conversión del cuerpo en un instrumento que permite la movilidad y evita el estancamiento forzado por las políticas de contención.

Los espacios del trabajo sexual, como la antigua zona de tolerancia Las Huacas, se han configurado históricamente como un laboratorio social donde se negocian, se desplazan y se reconfiguran las identidades sexuales. Estos enclaves son lugares donde *se manejan los deseos de los clientes que buscan cosas diferentes*, lo que propicia una fluidez sexual donde *los límites de la heterosexualidad se negocian por gusto y supervivencia*.

En Tapachula, los cuerpos se transforman en *un laboratorio para la explotación anónima de otros*, vinculando estrechamente las identidades sexuales disidentes —homosexuales, trans— con la migración y la economía de subsistencia. Para algunos, el bar puede convertirse en un espacio de liberación donde la propia sexualidad es integrada al trabajo y se satisface una demanda específica del mercado.

En suma, las trayectorias migrantes muestran que el cuerpo no solo se desplaza: piensa, resiste y produce valor. En la frontera sur, la racialización, el deseo y la precariedad se entretajan en un mismo escenario, donde el cuerpo sexuado es a la vez víctima y protagonista de su movilidad.

7 Transformaciones urbanas y nuevos mercados sexuales

La ciudad de Tapachula ha experimentado una profunda reconfiguración de su paisaje urbano, cuyo cambio más significativo fue el traslado del trabajo sexual tras la desaparición del histórico epicentro de la actividad. El cierre de la zona de tolerancia actuó como el catalizador de una completa redistribución espacial del mercado erótico en la urbe, obligando a las trabajadoras a buscar otras formas de sobrevivencia y a reactivar el oficio en el área central de la ciudad.

Henri Lefebvre (1991) señala que el espacio urbano no es un escenario neutro, sino una producción social donde se materializan relaciones de poder, deseo y control. En ese sentido, el desplazamiento del trabajo sexual hacia el centro de Tapachula puede entenderse como una nueva forma de

espacialización del cuerpo, donde la economía del placer se reacomoda a la vez que es vigilada por los distintos dispositivos de poder.

El fin de la centralización del trabajo sexual coincidió con el recrudecimiento de las políticas migratorias de contención —*Programa Frontera Sur en 2014*, controles migratorios—, que transformaron a Tapachula en una *ciudad prisión*. Este escenario generó un fenómeno de *atrapamiento* donde miles de migrantes —incluyendo cubanos, haitianos, venezolanos y personas de India, Pakistán y Bangladesh— quedaron varados por semanas o meses, imposibilitados para avanzar sin un *permiso de salida*.¹

Michel Agier (2012, 2016) describe estos espacios como *fronteras habitadas*, donde la movilidad se transforma en detención prolongada y donde las personas quedan reducidas a su condición de *vida en espera*. En Tapachula, esa espera se vuelve cuerpo, deseo y supervivencia.

Esta situación de precariedad extrema, con escasez de albergues y presiones por la demanda de vivienda, incrementó la oferta de mano de obra en un mercado laboral ya saturado. Ante la dificultad de conseguir empleos formales, el trabajo sexual se convirtió en una de las alternativas posibles y un mecanismo para obtener recursos para la subsistencia y la travesía. De manera notable, el mercado sexual se mantuvo activo incluso durante la etapa de la epidemia del Covid-19, utilizando hoteles, viejas casonas y ofreciendo sus servicios a través de redes sociales como *Facebook*.

La dispersión no fue homogénea; facilitó una marcada segmentación de la oferta que refleja la jerarquía de las nacionalidades y las identidades en el contexto fronterizo. Una de estas segmentaciones se vio reflejada en la expansión de los bares y centros botaneros por el centro de la ciudad; para el 2014, se registraban 52 bares y centros nocturnos que ofrecían entretenimiento, bebidas alcohólicas y servicios sexuales. Los ingresos en estos lugares varían enormemente según el negocio, la temporada y la generosidad de los clientes, afectando directamente la capacidad de enviar remesas.

Neil Smith (1996) advierte que las transformaciones urbanas ligadas al capital tienden a reordenar los cuerpos en el espacio, generando nuevas jerarquías de acceso y exclusión. En el caso de esta ciudad fronteriza, la *gentrificación del deseo* opera a microescala: los bares del centro y los hoteles sustituyen los antiguos límites de la zona de tolerancia, desplazando la frontera sexual hacia el corazón de la ciudad.

A la par, el reclutamiento de nuevas nacionalidades en el trabajo sexual se volvió una realidad. *Cabarets* como el Marinero establecieron mecanismos para la contratación de mujeres, en especial cubanas, quienes llegaban a través de redes de paisanos que facilitaban alojamiento y trámites migratorios. Estas mujeres trabajaban como bailarinas o damas de compañía para entretener y provocar el consumo. La necesidad de ahorrar para pagar la *travesía* las obligaba a permanecer de tres a seis meses en estos lugares.

La diversificación incluyó el ingreso de nuevos actores en las calles. A partir de esto, incluso se desarrollaron mercados altamente específicos, como un bar establecido para migrantes de Pakistán y Bangladesh, donde se ofrecía compañía de mujeres de su misma nacionalidad, y la comunicación para entrar debía ser en idioma bengalí.

¹ El *permiso de salida* es un documento emitido por el Instituto Nacional de Migración (INM) que autoriza temporalmente a una persona extranjera, usualmente con un trámite migratorio en curso o en situación irregular, a salir del país o desplazarse dentro de él por un periodo no mayor a 30 días. Muchos migrantes acuñaron a este permiso el nombre de *salvoconducto*.

A partir de lo anterior, Gago (2019) explica que en las economías populares del sexo se articula una lógica del deseo que sostiene la vida y el movimiento. Estas prácticas no son marginales, sino que parten de un entramado donde el trabajo, el afecto y la supervivencia se entrecruzan. Tapachula, bajo esa mirada, es una ciudad donde el placer se convierte en valor de cambio y el deseo en estrategia de vida.

En síntesis, Tapachula se consolidó como una ciudad sexualizada, donde la precariedad y la necesidad vital reconfiguran constantemente los códigos del trabajo sexual y las identidades. Las transformaciones urbanas y las políticas de contención han creado una nueva cartografía erótica, convirtiendo los espacios cotidianos en múltiples y descentralizados nuevos mercados sexuales.

8 Reflexiones finales: el cuerpo como frontera

Convertida por las políticas migratorias del Estado mexicano en una frontera de contención, ha visto crecer en los últimos años un mercado sexual compuesto mayoritariamente por personas migrantes. A medida que los flujos migratorios se ampliaron en volumen y se diversificaron en su origen, el comercio sexual se extendió y desbordó sus primeros emplazamientos, antes pudorosamente localizados lejos de las miradas de la *gente de bien*. Originalmente confinado a una zona de tolerancia en las afueras de la ciudad, el comercio sexual es hoy visible en las calles y bares del centro tapachulteco. Si en un inicio estuvo dominado por mujeres centroamericanas — Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua—, en los últimos años se ha sumado la presencia de mujeres, hombres y personas de la comunidad LGBTQ+ provenientes del Caribe (Haití y Cuba) y de Sudamérica (Venezuela y Colombia).

Efecto y a la vez causa de la movilidad, el trabajo sexual de las personas migrantes añade una capa más a la complejidad de los estudios sobre migración internacional. *Causa*, porque algunas personas migran buscando un mercado más amplio para un oficio que ya conocían antes de salir de su país; *efecto*, porque otras, en su tránsito o durante la espera forzada, se encontraron con la opción de incorporarse al trabajo sexual como estrategia temporal de sobrevivencia. En el contexto de atrapamiento de caracteriza a Tapachula —donde el mercado laboral formal es limitado, los costos de vida son elevados y la movilidad se encuentra fuertemente regulada— la venta de servicios sexuales, junto con el comercio ambulante y otros oficios precarios, se ha convertido en uno de los pocos medios disponibles para sostener la vida cotidiana, y en algunos casos, reunir los recursos necesarios para continuar la travesía migratoria.

No obstante, reducir el trabajo sexual únicamente a una estrategia de subsistencia económica invisibiliza su dimensión sexo-genérica y política. Como se ha demostrado a lo largo del artículo, el mercado sexual en Tapachula se organiza a partir de jerarquías de género, raza, edad y nacionalidad que reproducen una economía del deseo profundamente desigual. Estas jerarquías configuran una segmentación del mercado que premia ciertos cuerpos —jóvenes, racializados de forma específica, asociados a imaginarios de exotismo o virilidad— y penaliza a otros, reforzando estigmas como el que recae sobre las mujeres migrantes con hijos o sobre las identidades sexuales disidentes.

Sin embargo, lejos de una lectura moralizante o de una posición simplista entre victimización y agencia, el análisis etnográfico permite observar la capacidad adaptativa de las personas migrantes que ejercen el trabajo sexual. Aun bajo condiciones de precariedad extrema y control institucional, estas personas despliegan estrategias situadas de negociación donde performan el deseo, administran su corporalidad, circulan entre ciudades y países para sostener vínculos afectivos, y construyen redes de apoyo y cuidado que les permiten resistir la exclusión estructural. En ese carácter performativo del trabajo sexual se manifiesta no solo la subordinación al mercado, sino también la voluntad de sobrevivir y sobreponerse a la adversidad.

Desde el punto de vista de los estudios sobre movilidad humana con enfoque de género, este trabajo aporta tres elementos centrales. En primer lugar, evidencia empíricamente cómo la movilidad está profundamente generizada y sexualidad y cómo ciertos cuerpos –feminizados, racializados o disidentes– enfrentan condiciones de control y posibilidad de movimiento. En segundo lugar, propone una lectura metodológica que sitúa al cuerpo como frontera vivía, archivo de la política migratoria y herramienta analítica. Finalmente, muestra que el trabajo sexual, aun ejercido bajo condiciones de precariedad extrema, constituye una estrategia ambigua de subsistencia, movilidad y resistencia cotidiana frente al régimen de contención fronteriza.

Pensar la movilidad humana desde los cuerpos permite, así, desplazar la mirada desde las rutas y los dispositivos hacia las experiencias encarnadas de quienes viven el tránsito detenido. En ciudades como Tapachula, el cuerpo migrante no solo se desplaza, también espera, trabaja, desea y resiste. Es en ese movimiento contenido donde la movilidad deja de ser únicamente desplazamiento y se revela como una práctica vital, afectiva y política.

Bibliografía

- Agier, M. (2012). Penser le sujet, observer la frontière. *L'Homme*, 203–204, 51–75. <https://doi.org/10.4000/lhomme.23096>
- Agier, M. (2016). *Borderlands*. Polity Press.
- Ahmed, S. (2006). *Queer Phenomenology: Orientations, Objects, Others*. Duke University Press.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Paidós.
- Butler, J. (2004). *Undoing Gender*. Routledge.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. www.paidos.com
- Cortés, A. (2018). Violencia de género y frontera: migrantes centroamericanas en México hacia los EEUU. *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y Del Caribe*, 105, 39–60.
- Fanon, F. (2009). *Piel negra, máscaras blancas*. Ediciones Akal.
- Foucault, M. (1978). 1. *La voluntad de saber, tomo I*. En Historia de la sexualidad. Siglo XXI.
- Gago, V. (2019). *La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo*. Tinta Limón / Traficantes de Sueños.
- Hernández Hernández, A. (2024). Filtros y contenciones en las fronteras: movilidad humana en Cúcuta, Colombia y Tapachula, México. En A. Albornoz-Arias y I.F. Porraz (coords), *Convergencias migratorias: experiencias y reflexiones en ciudades fronterizas de América Latina* (pp. 113-140), Cúcuta: ediciones Universidad Simón Bolívar.
- Hernández Hernández, R. G. (2017). *Cuerpos y trabajo sexual. Centroamericanas en Tapachula, Chiapas* [Tesis de maestría] CESMECA.
- Hernández, R. (2021). Geografías del trabajo sexual. Centroamericanas en la frontera sur de México. En A. H. Hernández (Ed.), *Geografías del trabajo sexual en las fronteras de América Latina* (pp. 105–126). El Colegio de la Frontera Norte.
- Hernández Hernández, R. G. (2024). *Cartografías sociales de las memorias del trabajo sexual migrante en Tapachula, Chiapas*. [Tesis de doctorado]. CESMECA.
- Kempadoo, K. (2012). Abolitionism, Criminal justice, and transnational feminism. Twenty-first-century perspectives on human trafficking. En *Trafficking and prostitution reconsidered. New perspectives on migration, sex work and human rights*, 2da. edición, (pp. 7–42). Paradigm Publishers.
- Lefebvre, H. (1991). *The production of space*. Basil Blackwell, Inc.
- Preciado, P. B. (2013). *Testo Junkie. Sex, drugs, and biopolitics in the pharmacopornographic era*. The Feminist Press at the City University Of New York.
- Preciado, P. B. (2020). *Pornotopía* (2da. edición). Editorial Anagrama.
- Rivera, C. (2015). Trabajadores migrantes en la frontera sur de México. Caracterización del trabajo temporal centroamericano en el Soconusco. En A. Hernández y A. E. Campos (Eds.), *Líneas, límites y colindancias. Mirada en las fronteras de América Latina* (pp. 249–278). El Colegio de la Frontera Norte.
- Segato, R. L. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos* (1a ed.). Universidad Nacional de Quilmes.

Segoviano, R. (2024, enero 17). Tapachula: la evolución de su zona roja desde los 40's hasta la actualidad. *El Diario Del Sur*. <https://www.diariodelsur.com.mx/local/zona-roja-en-tapachula-11298173.html#:~:text=Entre%20los%20a%C3%B1os%2040's%20y,en%20la%20ciudad%20de%20Tapachula>

Smith, N. (1996). *The new urban frontier. Gentrification and the revanchist city*. Routledge.

Wright, M. W. (2011). Necropolitics, Narcopolitics, and Femicide: Gendered Violence on the Mexico-U.S. Border. *Signs*, 36(3), 707–731.